

# EL RETIRO, PASEO Y DESCANSO DE MADRID

POR LUIS ENRIQUE DELANO.

MADRID, 24.—Se están cortando los árboles del Retiro para que sirvan de combustible a los habitantes de la capital. — (De la prensa diaria).

*Invierno en el Retiro. Bajo los árboles esqueléticos las eternas parejas de enamorados.*

pitales superpobladas, donde la gente vive en estrechos departamentos, encaramados, sin árboles, sin patio. Sólo en el alrededor pueden los madrileños respirar dichosos. En ciudades así los paseos públicos espaciosos, con vegetación y aire puro, son una necesidad vital para los habitantes. Yo me pregunto dónde irán mañana los niños a correr en sus patines, a hacer rodar sus aros y a llenar de oxígeno sus pulmones. Ya las bombas de los aviones rebeldes han inutilizado el Paseo de Rosales. Ahora, necesidades perentorias de la guerra obligan a las autoridades a cortar los árboles del Retiro, para que los madrileños tengan fuego en sus cocinas y calefacción en el frío invierno que clava sus cuchillos sobre España.

Durante el primer Verano que viví en Madrid, acostumbraba yo pasearme diariamente por el Retiro, buscando su sombra grata. Ni una hoja se movía, el aire parecía haberse muerto definitivamente, los bancos estaban llenos de parejas amorosas. Con mi libro debajo del brazo iba recorriendo largas avenidas en busca de un lugar donde sentarme a leer.

**E**RA el Retiro, el Buen Retiro, como se le llamaba antiguamente, uno de los bellos paseos del Madrid que conocí y donde viví hasta hace dos meses. Es decir, del Madrid que se acaba. Las ciudades no se acaban con el tiempo. Al contrario, el tiempo les proporciona una cosa de nobleza, de color, de dignidad. Las ciudades se acaban con la destrucción que traen los grandes cataclismos o la guerra. Hay muchos sitios hermosos, verdaderos lugares de descanso para el alma, que ya no volveremos a ver. En Toledo, en Madrid... La Posada de la Sangre, en la vieja ciudad imperial, donde Cervantes escribió "La ilustre fregona", es un montón de escombros. Casi no reconocí, al verlo en una película de la guerra en Toledo, el Arco de la Sangre, en la Plaza de Zocodover, que conducía hasta esa posada de tanta prosapia histórica.

Es el Retiro un campo de verdura, un oasis de vegetación en medio de los altos edificios madrileños. Desde

un avión se le verá como una mancha verde entre las cúbicas casas, entre las avenidas y las calles ciudadanas. Mucho mayor que nuestro Parque Cousiño, el Retiro — frescura, verdor — es un campo de árboles y flores. Todas las mariposas que suelen verse en Madrid se hospedan en el Retiro, entre los mazorcos de flores, atraviesan la laguna cruzada de botes y los caminos donde los niños pasean en sus bicicletas, vuelan por sobre unas ruinas romanas de notable valor artístico y se pierden después hacia las pardas colinas castellanas que rodean Madrid.

Es Madrid una ciudad del tipo de aquellas grandes ca-

*Estatuas en el Retiro.*



Al atardecer, las parejas de enamorados se multiplican en la sombra propicia. (En todas las ciudades del mundo hay un lugar así. Los municipios creen de buena fé que esos sitios pertenecen a la colectividad, pero no. Son exclusivamente de las parejas de novios). Llega, en fin, un momento en que los guardias del Retiro hacen sonar sus cuernos, y las sombras de los paseantes, lentamente, como con desgano, buscan las puertas de salida.

Solía llegarme también hasta el Parque Zoológico que hay en su interior, a presenciar el baño con mangueras del precioso elefante o a ver desesperarse un oso blanco, por falta de espacio y de temperatura gélida.

Durante el Invierno, es grato también cruzar la larga extensión, a paso rápido. El frío seco penetra por las narices o se estrella violentamente contra la faz del transeúnte. Este debe subirse el cuello del gabán y hundir las manos en los bolsillos. Los charcos están

helados, recubiertos de una dura costra cristalina. A veces suele también la nieve deshojar alhelios sobre Madrid y es el Retiro el primer sitio que va cubriéndose de blanco, sus avenidas, sus ramajes, sus parques talados. En las ramas esqueléticas de los árboles tiemblan pequeñas lágrimas de cristal. Pero después del Invierno viene la Primavera y los meses de gloria para el Retiro, que revive. Sus plantas, sus árboles, sus vegetales y hasta las estatuas de los jardines parecen florecer.

Las estatuas del Retiro. Las hay maravillosas y las hay feísimas. Ya he hablado del monumento a los hermanos Alvarez Quintero, donde la mala ley arquitectónica puso todo el pintoresquismo andaluz, todo el "panderetismo", la reja florida, la muchacha con el clavel en el cabello y el caballero que la requebra desde su jaca de patas delgadas.

Hay otra estatua de Don Ramón de Campoamor, que

aparece sentado en un sillón. Sobre un pedestal más pequeño, el escultor puso un sacerdote y junto a él la muchacha llorosa de la Dolora. No falta ni siquiera la inscripción: "Escribirme una carta, señor cura"...

Estaba yo todavía en Madrid cuando se empezó la labor de cortar árboles en la Castellana, para las necesidades de la guerra. Ahora el Retiro quedará también sin árboles. No me lo puedo imaginar. Los niños de hoy serán hombres cuando el hermoso paseo se cubra otra vez, se repueble de grandes troncos, donde los enamorados puedan seguir grabando sus nombres. Pero el Retiro será dos veces madrileño, es decir, dos veces noble. Habrá prestado a la población no sólo su sombra eglógica durante la paz, sino que habrá dado también la leña de sus árboles — como quien dice la carne de su cuerpo — para que Madrid tenga calor en el Invierno duro de la guerra.